



## Ordenación diaconal de Ignacio Moneo Misionero Paúl

Queridos sacerdotes concelebrantes.

Querido Ignacio. Queridos padres y familiares. Queridos hermanos todos:

Cuántos participamos en esta celebración nos unimos en acción de gracias a Dios que nos ha elegido para ser santos e intachables por el amor y nos ha destinado a ser sus hijos, librándonos de nuestros pecados por la sangre de Cristo y marcándonos con el sello del Espíritu Santo (cf Ef 1, 3-14). Así nos ha hecho miembros del Cuerpo de Cristo, Templos de su Espíritu y Pueblo de su propiedad. Hoy confesamos con gozo que somos un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios para anunciar las proezas del que nos ha llamado de las tinieblas a su luz maravillosa (cf 1 Pe 2, 9)

Esta confesión de fe en nuestra condición de pueblo sacerdotal de Dios nos prepara a vivir con mayor intensidad en esta celebración el significado del ministerio del diaconado, que va a recibir nuestro hermano Ignacio mediante el sacramento del Orden. A la vez, nos dispone a unirnos a su acción de gracias, dejando resonar en nuestro corazón el eco de la palabra del Señor a sus discípulos: *“No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis deis fruto, y vuestro fruto permanezca.”* (Jn 15, 16).

El diaconado es el grado primero del sacramento del orden. Se confiere por el Obispo mediante la imposición de las manos y la plegaria de consagración, cuya parte esencial es la siguiente: **“ENVÍA SOBRE ÉL, SEÑOR, EL ESPÍRITU SANTO, PARA QUE FORTALECIDO CON TU GRACIA DE LOS SIETE DONES DESEMPEÑE CON FIDELIDAD EL MINISTERIO.”** Por tanto, el sacramento del diaconado es causado por la infusión del Espíritu Santo.

Fortalecido con el don del Espíritu Santo, el diácono queda consagrado y capacitado para ayudar al Obispo y a su presbiterio en el anuncio de la palabra de Dios, en el servicio del altar y en el ministerio de la caridad.

Como ministro del altar, en la celebración de la Eucaristía proclamará el Evangelio, preparará el sacrificio y repartirá a los fieles el Cuerpo y la Sangre del Señor.

Además, por encargo del Obispo, exhortará a los fieles, enseñándoles la doctrina santa, y anunciará el Evangelio a los no creyentes; presidirá las oraciones, administrará el



Carlos López Hernández

bautismo, asistirá y bendecirá el matrimonio, llevará el viático a los enfermos y presidirá los ritos exequiales.

Es propio del diácono ejercer el ministerio de la caridad en nombre del Obispo o del párroco. Con el auxilio de Dios debe trabajar de tal modo que se reconozca en él a un verdadero discípulo de aquél que no vino para que le sirvieran sino para servir.

En cuanto a ti, querido Ignacio, que vas a ser ordenado diácono, el Señor te dio ejemplo para que hagas lo que él hizo. En tu condición de servidor de Jesucristo, sigue con libertad la voluntad de Dios y sirve con amor y alegría tanto a Dios como a los hombres. Y como nadie puede servir a dos señores, ten presente que toda impureza o afán de dinero es servidumbre a los ídolos.

Al acceder libremente al Orden del diaconado, al igual que aquellos varones elegidos por los Apóstoles para el ministerio de la caridad, también tú debes dar testimonio del amor de Dios, lleno del Espíritu Santo y de sabiduría. Tendrás por raíz y cimiento la fe. Camina sin mancha e irreprochable ante Dios y ante los hombres, según conviene a un ministro de Cristo y dispensador de los santos misterios. No te dejes arrancar la esperanza del Evangelio, al que debes no sólo escuchar, sino además servir. Muestra en tus obras la palabra de Cristo que proclamas, para que el pueblo cristiano, siguiendo tu ejemplo y vivificado por el Espíritu Santo, sea oblación agradable a Dios. De esta manera, podrás tú salir en el último día al encuentro del Señor, y oír de él estas palabras: *“Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor; pasa al banquete de tu Señor”*.

En los comienzos de la Iglesia, los apóstoles confiaron la administración de los bienes comunes y el cuidado de los pobres a siete varones de buena fama y llenos de espíritu y de sabiduría. El mismo libro de los Hechos de los Apóstoles, que nos relata la institución de los diáconos para este servicio de caridad, nos presenta enseguida al diácono Felipe llamado por el Señor a anunciar el Evangelio y bautizar al ministro de la reina de Etiopía, según hemos escuchado en la segunda lectura. En estos dos relatos queda configurado en su conjunto el oficio del diácono. El servicio de amor acredita para el anuncio del Evangelio; pues, por el amor conocerán todos que somos discípulos del Señor. El oficio de la caridad lleva a la misión de anunciar del Evangelio; el amor se hace palabra de vida.

Hoy, querido Ignacio, la Iglesia te ha juzgado apto para el orden del diaconado, en camino a la meta del orden sacerdotal. Y a través de la mediación materna y sacramental de la Iglesia es Dios mismo el que te elige, te llama y te consagra con el Espíritu Santo para que la luz de Cristo brille en tu corazón y en tu ministerio diaconal y des a conocer a todos la gloria de Dios, reflejada en Cristo. Para eso tienes que ser tu mismo, como Cristo, reflejo de la gloria de Dios y de su amor paternal a todos sus hijos. De este amor de Dios, y de la manifestación de este amor en Cristo, has sido llamado a dar testimonio con tu vida y con tu predicación del Evangelio. Este es un gran tesoro



que Dios te confía y que tú acoges con la humildad de saber que eres una frágil vasija de barro y que la fuerza para el testimonio del amor es de Dios y no proviene de ti mismo. La misión de anunciar la Palabra de Dios ya viene expresada en el rito de ordenación del diácono mediante la entrega del libro de los Evangelios con estas palabras: “Recibe el Evangelio de Cristo, del cual has sido constituido mensajero; convierte en fe viva lo que lees, y lo que has hecho fe viva enséñalo, y cumple aquello que has enseñado”. A ti, querido Ignacio, te corresponderá la función de enseñar en nombre de Cristo, el Maestro. Transmite a todos la palabra de Dios que has recibido con alegría. Que tu enseñanza sea alimento para el pueblo de Dios; que tu vida sea un estímulo para los discípulos de Cristo, a fin de que con tu palabra y tu ejemplo se vaya edificando la Iglesia de Dios.

El texto leído del Evangelio de Juan nos ha narrado la presentación que Jesús hizo de sí mismo como el buen pastor, que da la vida por las ovejas. Da la vida a todas y de forma personalizada a cada una de ellas, porque a todas y a cada una las conoce y las ama; y a todas y a cada una se ha dado a conocer, para que ellas también le amen. Así, Jesús es el Buen Pastor que guía hacia la comunión de amor con el Padre a todos aquellos que el mismo Padre le ha encomendado guardar.

Jesús ha aclarado que Él es amado por el Padre, porque entrega su vida por las ovejas, en cumplimiento del mandato recibido del Padre. En efecto, Jesús entrega su vida libremente, por amor fiel y obediente al Padre, y por amor hasta el extremo a todos los hijos del Padre dispersos. Y Dios Padre, por su parte, ama a este Buen Pastor y lo ha resucitado; lo ha hecho vivir con Él para siempre. Así, el Buen Pastor está intercediendo ante el Padre como sacerdote eterno y le presenta sin cesar su sacrificio sacerdotal para el perdón de los pecados y para dar la vida eterna a cuantos crean en Él y permanezcan en su amor.

El sacerdocio de Jesucristo se puede comprender así de una forma sencilla y cercana con la imagen del Buen Pastor que da la vida por las ovejas. Y el ministerio de los diáconos es como un oficio de zagal, que colabora con el pastor en el cuidado del rebaño, y que debe ejercerse según la imagen y modelo del Buen Pastor. También el servicio cotidiano, que todo fiel cristiano está llamado a prestar a los hermanos por amor, es una forma de ejercer su sacerdocio común de los fieles, como participación en el sacerdocio del Buen Pastor.

La bondad del Buen Pastor se expresa en su forma de relación con las ovejas: él gasta del todo y entrega su vida por las ovejas, porque cotidianamente vive con ellas, se compromete personalmente con cada una e incluso se expone a perder la propia vida para protegerlas. Jesús no es un funcionario que desempeña su trabajo a cambio de recibir un salario determinado, sin llevar verdaderamente a las ovejas en su corazón; no, él es un pastor auténtico. Así pues, su vida se basa en buscar el bien de las ovejas hasta compartir la vida entera con la propia grey. En definitiva, el pastor bueno ha venido para servir. Su autoridad reside en hacer crecer a cuantos le son encomendados; su tarea



Carlos López Hernández

estriba en ayudarlos a vivir en plenitud; la modalidad de su servicio consiste en gastar la propia vida hasta el fin por aquellos que el Padre le ha dado.

Como los primeros apóstoles, la Iglesia de hoy continúa la misión de anunciar el Evangelio, para que todos puedan reconocer que Dios resucitó a Jesús de entre los muertos y lo ha constituido en piedra angular de la edificación de su reino: *“ningún otro puede salvar y bajo el cielo no se nos ha dado otro nombre que pueda salvarnos”*. El Papa Francisco ha exhortado a los pastores actuales a ser en medio de su rebaño “pastores con olor a oveja”, que salen a darse y a dar el Evangelio a los demás en las “periferias”, “donde hay sufrimiento, hay sangre derramada, ceguera que desea ver, donde hay cautivos de tantos malos patrones”.

Queridos hermanos: Jesús es el pastor de nuestras vidas y cada uno de nosotros está llamado a interrogarse sobre su relación con Él como Buen Pastor, que le ha dado su vida. Esta relación surge de la escucha y el conocimiento; ha de ser una relación viva y eficaz, que lleva a participar en la relación entre el Padre y el Hijo, que Jesús ha descrito con estas frases: *“El Padre me conoce y yo conozco al Padre”*; *“yo conozco a mis ovejas y mis ovejas me conocen”*. Conocer al Padre nos hace posible conocer a sus hijos y cuidar de ellos como hermanos. Actuando así seremos reconocidos y amados como buenos pastores y como buenos testigos del Evangelio.

El Buen Pastor nos da cada día su vida en la Eucaristía. El mismo Jesús que nos dice: *“Yo soy el Buen Pastor”*, nos invita a su cena pascual diciendo: *“Yo soy el pan de la vida”*. *“El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él”*; *“tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día”* (Jn 6, 48. 54.56). Por ello, la Eucaristía es la fuente de donde mana el servicio de amor del diácono y la meta a la que lleva a sus hermanos con toda su actividad.